

La más fuerte

Karina Castro

La piedra es una frente donde los sueños gimen.

Federico García Lorca

El rostro oscuro mira por la ventanilla. Nariz ancha, labios gruesos, ojos grandes e inquietos ven pasar los campos de siembra. Pasan tan rápido que son sólo manchas verdes y amarillas. Petra se despide de ellos y de todo. Allá arriba, La Cañada; allá, bajo las nubes que rozan las copas de los árboles. Allá, su madre y sus hermanos. El asiento de adelante se reclina con brusquedad. Una señora de cabello blanco se asoma como para disculparse, pero mira a la negra con sonrisa despectiva.

Petra recuerda la voz triste de su bisabuela. De niña, se sentaba en el suelo a oír sus historias: hace casi cien años, una familia de españoles trajo a sus padres de África. Los trajeron en un barco y pasaron meses y meses en el mar. Petra nunca había visto el mar. Se lo imaginaba como el río donde lavaba con su madre: piedras lisas sobre las que tallaban la ropa hasta quedar exhaustas. La bisabuela le explicaba qué eran los esclavos. Ella se imaginaba cadenas y latigazos; escuchaba cómo les marcaban las espaldas con fierros candentes. No llores, m'hija. Debes estar orgullosa de tu raza. Cuando alguien te diga negra, no te ofendas, ¡al contrario! Somos más fuertes que los blancos. No por nada nos trajeron a hacer trabajos que ni ellos podían.



Miró por la ventana (2014).
Acuarela tratada digitalmente:
Cindy Gómez.

A donde va, ya nadie dirá: “Ai va esa pinche negra”. Sus vecinos no serán indios que agachan la cabeza cuando pasan junto a un blanco, pero escupen e insultan cuando se acerca un negro. ¡Si estamos igual de jodidos! No hay trabajo ni comida pa’ nadie, sea indio, negro o mestizo.

—No te digo que no te vayas —su madre le ayudaba a asegurar con un lazo la bolsa que Petra usaría como maleta—; lo que me apura es que llevas mucha ilusión, hija, y en vez de ser maestra, vayas a terminar de criada en una casa de ricos. ¡Ai te van a tratar peor que aquí!

—Mire, madre, no soy tan tonta. ¡Si no voy a llegar de maestra! A lo que voy es a estudiar. Luego, cuando regrese, voy a poner mi escuelita, aunque sea con una lona y huacales pa’ que se sienten los niños. Y si no hay pa’ lona, pos debajo de un árbol. Usté quédese tranquila, madre. No me importa ser sirvienta, el chiste es estudiar. Voy a mandarles lo que pueda. Y ya verá que cuando regrese y hagamos la escuela, el pueblo va a cambiar. De poquito en poquito, pero va a cambiar.

Ambas se dirigieron hacia la carretera, seguidas por los tres hermanos menores. Esperaron la troca que la bajaría en Oaxaca. La vieron partir.

—Nadie dejaría que una negra les dé clases a los niños —murmuró la madre mientras acariciaba distraída la cabeza de una chiquilla de nariz chata y cabello enroscado, que con sus grandes ojos miraba la troca alejarse entre una nube de polvo.

El rostro oscuro mira por la ventanilla. Se detiene el autobús. Curiosos, los pasajeros asoman las cabezas.

—Otra vez estos cabrones —el chofer apaga la radio y los murmullos invaden el camión.

Algunas señoras abrazan sus bolsas, un joven se quita los audífonos y esconde nervioso su celular. Un pesado silencio se impone. Los militares ya están subiendo. Observan a la gente con desprecio y caminan lento, como disfrutando el miedo de los rostros.

—Ustedes tres, ¡abajo!

Una capitalina duerme plácida en su asiento, sin darse cuenta de nada. Los oaxaqueños saben que esos tres son centroamericanos. El militar recorre el autobús:

—Tú, ¡abajo! —Petra lo mira inmóvil—. ¡Te hablo a ti, negra!

Ella se levanta y obedece. Abajo, otro soldado la recibe. Le ordena que se apoye en el camión y que levante los brazos. Palpa sus costados, recorre sus anchas caderas, le pellizca una nalga, le aprieta los muslos firmes. Ella contiene la respiración y siente la sangre agolparse en su cara. Por debajo del vestido, irrumpe la mano del soldado. Las manos sudorosas de Petra se aferran al ADO como si quisieran triturar el acero. El dedo del militar despierta un recuerdo enclavado en la memoria: Petra iba a vender chiles a San Juan Cuicatlán. Le gustaba caminar junto al río para oír la música del agua, y se sentaba en la orilla a escoger piedritas especiales que coleccionaba en su casa. La presencia de dos mazatecos la hizo abandonar su tarea para caminar más aprisa.

—¿Qué llevas ai, morena? Espérate y te ayudo —el otro joven reía.

Ella trató de correr, pero uno de ellos la jaló de las trenzas. Los indios la sometieron con facilidad. Uno la silenció con su mano terrosa, mientras el otro la presionaba contra las piedras que se clavaban en su espalda. El río arrastró los chiles que cayeron de las bolsas.

Una a una, Petra enterró sus piedras, incluso su favorita, la más fuerte, la obsidiana que a la luz de la luna brillaba como si adentro hubiera un cielo estrellado, y tal vez alguien mirándolo. Soñó con irse. No para siempre, no para huir. Regresaría para enseñar a los niños. Si ellos cambian, el pueblo cambia.

—¿Y a dónde vas? —el militar pasa el fusil por en medio de las piernas de Petra.

—A México —ruega a San Martín de Porres que no la detengan, que la dejen llegar.

—Ah, ¿y sin despedirte? —frota el arma en la entrepierna.

Ella recuerda lo débil que se sintió ante los mazatecos. Ahora siente fuerza física, pero sabe que ese moreno de ojos rasgados podría destruir su plan. ¿Quién le impide subirla a la camioneta y llevarla con los centroamericanos a un lugar del que seguro ya no saldría? Agacha la cabeza.

El soldado observa que su compañero baja del camión.

—¿Y de dónde eres? —se cuelga el fusil al hombro.

—De aquí, de Valerio Trujano. Soy mexicana —ve cómo dos militares más meten a empujones a los centroamericanos dentro de la camioneta.

—¡Qué mexicana ni qué la chingada! ¡Has de ser panameña, pinche negra culera! Orita vas pa' la camioneta y verás si no te arrepientes de haberte salido de tu mugroso pueblo.



Miró por la ventana (2014). Acuarela tratada digitalmente: Cindy Gómez.

—Soy mexicana, señor. Traigo mi acta de nacimiento. Déjeme se la enseñe —el sudor empapa su frente.

—¡A mí no me haces pendejo, negra! ¡Órale! —intenta tomarla de su abundante cabello rizado, pero ella se agacha.

—¡No, por favor, señor! ¡Le juro por la virgen de Guadalupe que soy de Valerio Trujano! Allí nací.

—En Valerio Trujano hay de todo —interviene el soldado que bajó del camión—: indios, negros ¡y hasta perros! Todos trabajan en la siembra. Deja que se largue. Llevamos prisa.

El soldado duda un segundo, conteniendo su ira.

—Que se largue, pues. Me iba a apearar más la camioneta. ¡Vas pa'arriba, negra! —le lanza una

patada. Ella cae de rodillas y aprieta los puños para levantarse. Oye las risas de los soldados.

Sube apresurada al autobús. El chofer mira al frente, sin expresión, esperando. La capitalina de pelo blanco despierta abochornada y se da cuenta de que no avanzan.

—¡Pues qué! ¿El chofer cree que tenemos su tiempo? —comenta con el hombre de al lado.

Petra mira de nuevo por la ventanilla. Dejan atrás casuchas aisladas y pueblitos miserables. A donde va, nadie critica a los demás. Todos están ocupados trabajando, y no sentados afuera de sus casas cuidando lo que hacen los vecinos. Allá nadie discrimina a los demás. Hasta los maricones se pueden casar y caminan juntos por las calles como cualquier persona.

*

Ha pasado casi un mes. Lo que gana Petra vendiendo dulces apenas le alcanza para pagar la noche en el cuarto. Por consejo de una vecina, decide probar suerte en La Mixteca, una fábrica de hilos ubicada en la Industrial Vallejo, donde contratan a quien sea y se empieza el mismo día. En la entrevista, el hombre la mira con desconfianza y no oculta una mueca de disgusto al tomar sus documentos. Suena un celular. Mientras el jefe de Recursos Humanos conversa, sonrío y se acaricia

Camioncito (2014). Acuarela tratada digitalmente:
Cindy Gómez.



el bigote canoso. Suelta una carcajada como si estuviera solo en su oficina. Ella mira el reloj. Sobre un estante, la foto de dos niños sonrientes. En la ventana, una tarde gris; los techos de las casas, mojados. A lo lejos, una ambulancia. Por fin, el hombre cuelga, se coloca los lentes y hojea los papeles una y otra vez. En su mirada fría, Petra busca una respuesta, algo. Nada encuentra y se va acostumbrando a que todo sea así. Está contratada.

Esa noche, en el vestidor, ajusta el uniforme a su robusto cuerpo. Apenas le queda. Sus compañeras la miran sin disimular.

—¿De dónde eres? —pregunta una morena teñida de rubia.

—De Oaxaca.

—¿A poco en México hay negros? —interviene una chimuela canosa.

—¡A trabajar, güevonas! —una mujer sin uniforme y de figura desgarbada agita su carpeta—. ¡Órale, pa'afuera!

Las obreras salen apresuradamente, amontonándose en la puerta. La jefa se topa con unos ojos profundos que le son ajenos.

—Soy nueva, señora, dígame pa' qué sirvo.

La mujer de tez morena observa a Petra de arriba abajo y frunce el ceño. Luego aspira con la nariz y sale del vestidor.

—¿Por qué metieron a esa negra aquí? No importa. Yo me encargo de sacarla.

Tras dos meses de hostigamiento, la jefa descubre frustrada que la paciencia



de la negra es infinita. Tanta sumisión le asquea, así que decide intensificar las provocaciones. Tiene que haber un límite.

El 31 de diciembre, las obreras salen temprano. La jefa bloquea la entrada del vestidor cuando Petra se dispone a entrar.

—Tú no. Estuviste güevoneando toda la semana; ahora te quedas a reponer todo ese tiempo extra que te pasas en el baño.

—Oiga, pero...

—¡Nada! Aquí te las tengo anotadas, ¿eh? ¡Y con minutos! Cada vueltita que das al baño.

—Pero usted dijo que...

—Nada. Aquí se hace lo que digo yo. Ve aprendiendo a obedecer a tus superiores.

*

Entre las blancas rejas, los ojos amenazantes de Petra retan a la mujer que la observa asustada desde la celda de enfrente.

—¡Cállate, india de mierda! ¡Y de una vez aprende a no meterte conmigo, que si estoy aquí es porque maté a una piruja que me colmó la paciencia! ¿Crees que te voy a tener paciencia a ti, pinche mazateca inútil?

La mujer retrocede tocándose el labio partido. Petra espera un momento antes de soltar las rejas. La celda es húmeda y angosta; sólo caben litera, retrete y lavabo. Fastidiada, vuelve a su catre. De arriba viene una voz avejentada:

—Yo sé que eres inocente.

—Cállese, doña. Usté no sabe nada de mí.

—Sé que no deberías estar aquí. Eres inocente.

—Ya le dije que maté a esa puta.

—Pero sin querer. Además, ella te humilló y...

—No tuerza lo que digo —levanta la voz—. Dije que si me hubiera largado a tiempo, no hubiera pasado a mayores. Después de aguantarla un buen rato, lo que más quería era partirle su madre, pero era tan corriente que con una simple llave se descalabró.

El llanto ensordecedor de un bebé sale de alguna celda.

—¡Callen a ese escuincle! —Petra va impaciente hacia la reja y regresa—. No sé pa' qué la dejaron parir. ¡Otro indio patarrajada! No finja que no la saca de quicio, doña. Pero orita verá: le grito a la guardia y ya sabe que esa güereja me respeta. No por nada decía mi bisabuela que somos más fuertes que ellos. LC

KARINA CASTRO-GONZÁLEZ. Cursó la licenciatura en Danza Clásica en el Instituto Nacional de Bellas Artes, México, y tiene estudios profesionales de baile flamenco. Realizó estudios de creación literaria en el Centro de Cultura Casa Lamm. Se desempeña como correctora de estilo, ha colaborado en proyectos del área de investigación literaria e impartido cursos de redacción en diversas instituciones. Participó en el libro colectivo *Recuentos*. Ha publicado ensayo y cuento en la revista *Aeda* y en el suplemento *Propuesta Cultural*.



La tía y Porfirio (1998). Óleo sobre fibra de vidrio: Rafael Cauduro.